

Ciruelas

Camila Pérez Schunk

Camila Pérez Schunk

© 2017– En la Marea <http://enlamarea.net>

---

hasta la casa de nuevo. Entró y cerró la puerta detrás de sí.

En el salón, el gato gris estaba durmiendo plácidamente dentro de la cesta teñida de colores violáceos donde habían estado las ciruelas.

Maurea sintió cómo el cansancio se adueñaba de todo su cuerpo y, sin dudarlo, se acostó sobre su costado en medio del cuarto. Cerró los ojos y se durmió sintiendo que se despertaría en otra vida. Y entendió lo que no había entendido hasta entonces: que el amor es como un cesto de ciruelas maduras.

La copia comparte cultura



---

“Mi alma es tan cierta como el hueso de una ciruela. No conozco los juegos del corazón. (...) Cuanto quiero decir está en las frases hechas. No abuso de la desesperación porque no es mía, sólo la guardo en depósito y por un tiempo entre mis manos.” Wislawa Szymborska

La casa estaba en un lugar recluso de la ciudad. Era una construcción victoriana de imponente apariencia y colores apagados. Las ventanas eran grandes, con cristales teñidos de oscuridad por el paso del tiempo. Tras un ventanal más grande aún se veía una silueta de mujer.

Maurea vivía sola, excepto por el bebé que cargaba en brazos. Los vecinos sabían que algo no estaba bien con ella. Ella también sabía que algo no estaba bien. Cargaba al niño a través del salón más grande donde el desorden se había adueñado por completo del lugar. El piso estaba lleno de recortes, de notas manuscritas. Había hojas de árboles del patio que el otoño había dejado entrar. Las paredes y el suelo estaban manchados de sangre que nadie había siquiera intentado limpiar. Ahora ya era demasiado tarde.

En una pared, garabateado sobre el antiguo empapelado que cubría toda la habitación, había una frase escrita apenas comprensible: “El amor es como un cesto de ciruelas maduras”. Ella ya no recordaba qué significaba, ni quién lo había escrito (quizá había sido ella misma); pero abajo, en el suelo, había un cesto con ciruelas maduras que reponía a diario. Se detuvo en medio del salón y, con cuidado, se sentó en el piso. Sus jeans estaban rotos y desgastados, cubiertos de pintura seca y de sangre húmeda. Acercó al bebé a su pecho mirándolo a los ojos, y le cantó una canción de cuna que no recordaba conocer.

Escuchó el viento aullar entre los árboles y agradeció tener un lugar donde refugiarse aunque estuviera cayéndose a pedazos. El mundo era escalofriante y violento. Afuera nunca se había sentido segura. Sin embargo, a veces se preguntaba si esa casa era el mejor lugar. Ni siquiera recordaba cómo había llegado allí, pero de eso

---

hacía tanto tiempo que ya no importaba.

En una de las ventanas más pequeñas, que era redonda, había un gato gris. Entró un día sin pedir permiso; ella no sabía de dónde había venido. No era muy sociable. Era silencioso y solitario, pero tenía unas manchitas blancas en la nariz que a veces la hacían sonreír.

Trató de pensar cómo suicidarse ese día. Cada vez era más difícil pensar en un modo original de acabar con su vida. Los vecinos estaban cansados de sus escenas, como ellos les llamaban. Creían que Maurea estaba buscando una excusa para llamar la atención. Ya muchas veces pensaron que había muerto y a las pocas horas ya estaba bien. Bien porque no estaba muerta, lo cual, sobre todo en este caso, dependía profundamente de la perspectiva.

Nadie entendía cómo. Tampoco ella. Habían visto las heridas abiertas y desgarradas, el corazón en silencio de muerte. Pero con el tiempo se conformaron con la suposición de que Maurea simplemente era una muy buena actriz. Nadie consideró que aunque no estuviera muerta, quizá las heridas eran de verdad.

La gente se cansa de las cosas que no comprende. Eso lo aprendió por las malas. Pero también aprendió a convivir con su dolor y con sus ciclos de muerte y resurrección. Por algún motivo no podía morir y estaba aprendiendo a aceptarlo. Eso no implicaba que no quisiera morir, pero al menos estaba intentando.

Dejó al bebé en el suelo y se acercó a un espejo que ocupaba casi toda una pared. Su rostro estaba marcado de cicatrices viejas. Sus ojeras evidenciaban las noches sin dormir. Su pelo muy corto estaba despeinado y sucio, pero no le importaba. Hacía tiempo que todo lo importante había perdido color y que no se reconocía en la imagen que reflejaba.

Decidió que la mejor opción era cortarse las venas. Era rápido y efectivo, y bien podía montar la escena para ella misma ahora que ya nadie vendría a chequear qué había pasado. Eso significaba